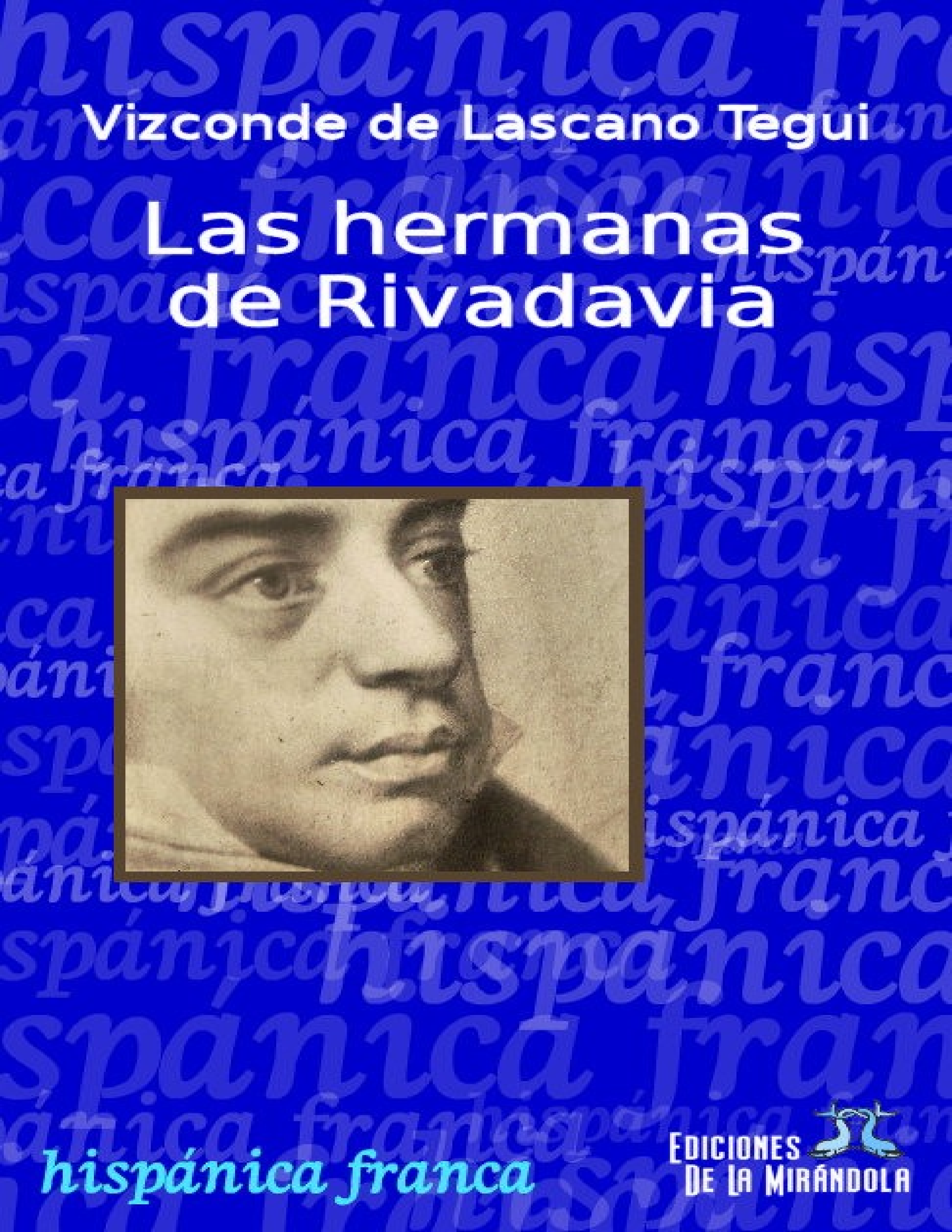


Vizconde de Lascano Tegui
Las hermanas de Rivadavia
hispánica franca
Ediciones De La Mirándola

Table of Contents

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI

LAS HERMANAS DE RIVADAVIA



Ediciones
De La Mirándola
hispánica franca



Emilio Lascano Tegui

ÍNDICE

LAS HERMANAS DE RIVADAVIA

VIVEN todavía, en Chile. Pero, como han ido a detenerse en una finca a trasmano, en el valle de Putaendo, y el tiempo y sus legisladores —los del Congreso— no les acordaron pensión alguna, las hemos olvidado.

El ejército libertador, después de Achupallas, donde aparece por primera vez el nombre de Mariano Necochea, atravesó el largo zanjón del valle cortado entre dos paredes de piedra. No se sabe cómo uno llega al fondo de la quebrada con el río, pues la cordillera, en círculo, impide ver por dónde entró el camino como un hilo por el ojo de la aguja, y el río es, chocando contra millones de cantos rodados —que parecen estrellas apagadas— la sola voz o la voz que se escapa hacia ese mundo endurecido que tiene, a los cuatro mil metros, como una enfermedad de la piel: líquenes grises, y más abajo, espinillos, y zarzas espinosas, y más abajo, espinas y cactus —toda una vegetación que hiere y es huraña—, y por fin, pajas secas y ocres que envidian, como parientes pobres, los prados verdes y muelles que amamanta el río.

El aire es seco, y la atmósfera transparente.

Anchas de espaldas, como los montañeses, las casas están desparramadas en el valle. Una, aquí. La otra, allá, a media legua. Se ven, pero no se oyen, y las gentes que las habitan están arropadas —hechas ovillo— en los huecos de las puertas, en cuclillas, dando espalda al viento que no sopla, pero al que han nacido temiendo. El viento es una cosa sólida en la montaña, y los ojos de los cabreros miran pasar el viento.

El escenario es inmenso y los personajes, muy breves. Hay burros de color gris como las piedras, que pastan. Y hay cabras que trepan, y se ve la ropa oscura de las vacas moverse lenta. Los grandes vacunos también viven aislados, como las casas.

En una mula o en un caballito de sobrepaso, que hace más gestos inútiles de lo que su marcha es de provecho, pasan los hombres, solitarios. Son siempre viajeros que llevan un lío sobre la cruz del animal y una carga sentimental encima que los echa a viajar, para reflexionar sobre su dolencia más a gusto. ¿Es un conspirador o es un ingeniero, el que va haciendo cálculos? En las alforjas de la bestia lleva requesón y arrope, una cantimplora con aguardiente y un poco de sebo entre unas hilas, por si le ocurre tropiezo en el camino. Usa también yesca y pedernal y tabaquera de tripa seca, y a veces, coca en los bolsillos de la chaqueta.

Yo comprendo cómo han podido retirarse, en una casona con tapias de tierra batida, con boquetes que tienen la misma edad que las paredes, y por donde entran y salen los lagartos tornasoles, las viejecitas que andan con migas de pan en la mano para sus huéspedes con alas. Emocionado de tanto silencio en el que sólo garabatean la página amarillenta de la montaña miles de golondrinas, como torpes mensajeras que no aciertan a dejar su mensaje, pregunto a una de las ancianas:

—¿Conocen ustedes los versos de Bécquer a las Golondrinas?...

Las señoras se miran, haciendo memoria, apoyadas hombro contra hombro, y como ellas no dicen nada sino de común acuerdo, tan ligadas están que no tienen secreto —lo que les parecería una aberración o un delito —, entablan el siguiente diálogo:

—¿Llamábase Bécquer el amigo aquel de Bernardino que le dieron el acta célebre de ciudadanía por haberse metido en el río, con un breque, y traer en él al irlandés Brown, de vuelta del combate de Quilmes?...

—Sí, era inglés.

—¿Ese señor hacía versos, Petronila?...

—No, Eudoxia. El disidente a que te refieres, no se llamaba Bécquer, sino Billinghurst... Fue el primer hombre a quien le dieron patente de argentino.

—Tú querrás decir, la carta de ciudadanía...

—Lo mismo que tú dices, Eudoxia.

La casona abierta al inmenso cielo que la cubre, y que está tendido sobre sólidas montañas, tiene la coquetería de un muro de piedra que la circunda y la de un largo portón que no impide el paso a nadie, sino que, más bien, conduce dentro de la casa, que es refugio de caminantes cuando la tormenta blanca barre la nieve de los desfiladeros. El zaguán da a un patio claro con alero de teja y columnas enanas. El suelo es de un mosaico sui-géneris, realizado con cantos rodados, grises, blancos y negros, y lleva, en un dibujo rectangular, dos iniciales B. G. y una fecha 1714, pues fue morada de don Baltasar Gracián, auditor en Santiago.

Y ya sabemos demasiado del paisaje y poco de las personas que están cerca mío: Doña Eudoxia con sus cabellos canos, dentro de una red de cordoné, y doña Petronila, que usa toca negra sobre el cabello, como si estuviera de visita en su propia casa. El resto del figurín es idéntico para las dos: corpiño de sarga apretado, anchas alforjas sobre el pecho y faldas extensas de merino. Doña Eudoxia luce un prendedor de oro imitando un moño, con una amatista descolorida dentro del nudo; y doña Petronila pende al cuello una cadena de gusanillo de oro que atraviesa la cintura y sale después con un relicario de cristal en que se ve un mechón de cabellos.

Nos hallamos en el corredor que da la vuelta al patio, y sobre nuestras cabezas cuelga un trozo de carne de cerdo. Es carne sin aliños, ni salada ni adobada, a la que el frío de las noches y el aire seco del día dan el aspecto de jamón serrano. Y doña Eudoxia informa:

—Así puede pasar más de cuarenta días sin que le pase nada, siempre fresca.

Y la gente se conserva como el pedazo de carne, en medio de esa naturaleza en que los siglos cuentan como días, poblando de centenarios los valles andinos. Son gentes cargadas de recuerdos, pero no son verbosas. Hay además orden y compostura en las cosas y debe pasar lo mismo en la despensa de sus memorias. Temen desarreglarlas si las tocan demasiado y la parsimonia exterior esconde su gran fortuna íntima. Hay que emplear el tirabuzón socrático para extraer sus recuerdos, y manejar el utensilio de la partera de Atenas con suma habilidad, si se quiere saber algo de su pasado.

La dos viejecitas que tengo a mi lado son curiosas. He ido a verlas para que me digan algo de lo que ya está medio muerto, con una lápida de olvido encima, y son ellas las que me acometen a preguntas y yo quien debe soportar la encuesta. Se invierten los papeles, pues.

Les preocupa identificar, en las nuevas formas políticas argentinas, la artificiosa división de federales y unitarios que para ellas continúa en Sarmiento unitario y en Urquiza, de vivo punzó, federal; y su manía se extiende a colorear con celeste y rojo cuanto se les pone por delante y dicen con pasmosa tranquilidad que las piedras de alumbre, de un cerro vecino, son unitarias y el río Putaendo, federal.

Emigraron a Chile escapando a la tiranía. Lleváronse todo cuanto poseían. Seis cargas de plata maciza y varios centenares de onzas. Compraron la finca de San Tiburcio; hicieron sembrar trigo, lo molieron y venden su harina. En Chile hallaron seguridad y aumentaron su fortuna. Don Antonio Villareal, su mayordomo y molinero, las visita a diario. Ellas llevan cuentas minuciosas y claras, como es nítido todo en la atmósfera montañesa que respiran.

Y como decía, insisto muchas veces por saber algo de sus infancias y del recuerdo que guardan a su hermano, metiéndolas siempre con mucha dificultad en el tema. Porque las dos avanzan juntas o las dos vuelven hacia el pasado al mismo paso, y las dos abren el mismo cofre, una de cada lado, y las dos se apoyan y realizan los mismos movimientos mutuos y sincronizados, sea trayendo una licorera para obsequiarme, sea describiendo la casaca de un cuñado de Dorrego que llevaba en cada bolsillo una carta póstuma del fusilado; y cada una me muestra una media de hilo blanco y seda plegada en cuatro que ha pertenecido a su hermano, y a las que la humedad del baúl ha dado las mismas manchas de moho, para no disgustar a las señoras. Yo creí primero que se trataba de toallas o de fundas, pero resultaron medias de ceremonia de don Bernardino. Las dos me hicieron notar, cuando constataron mi asombro, el milagro de las manchas de moho que las hermanaba. Aunque a mí me sorprendía el tamaño de las medias y calculaba cómo serían de potentes las pantorrillas de don Bernardino.

Después fueron las hermanas por el cofre en que se había colado la humedad y desplegaron una carta.

—Esto es un misterio —dijo Eudoxia.

—Jamás aclarado —añadió Petronila.

—Es una carta de mujer que deja entrever la existencia de un amor que no conocimos a Bernardino. Léala.

Y leí la carta en voz alta: He oído decir con frecuencia, señor, que una tercera persona echa a perder todo el encanto. Pero hoy censuro esa máxima, porque necesito de un tercer invitado. Si usted quiere venir esta noche a casa, tendrá no sólo el placer de jugar al tric-trac, pero el de ver a la encantadora Calixta, que debe pasar el día con nosotros. Yo estoy segura, desde ya, que usted ha de venir, no siendo hombre capaz de privarse del espectáculo de un objeto tan amable.

—No hemos podido descifrar nunca quién fuera esta Calixta.

—Es un nombre supuesto..., allí hay una clave.

—Y ahora —me dice doña Eudoxia—, voy a mostrarle un objeto que pertenecía a Bernardino. Es de oro...

—Pero, Eudoxia, ¿te has olvidado de aquello...?

—No. Casualmente iba a someterlo al señor... Voy a mostrarle algo, pero antes, tendrá que adivinar lo que es...

—¿Será un lápiz?...

—No. No haga conjeturas. Se lo voy a decir en una charada que hemos compuesto. Mi primera y mi segunda, la distancia que hay entre la extremidad del dedo pulgar y el dedo índice. Mi segunda y mi tercera, ciudad de la Banda Oriental.

Como no poseo perspicacia natural, fue doña Petronila quien, con una plácida sonrisa, me descifró el enigma que su hermana me planteara:

—Primera y segunda: jeme. Segunda y tercera: Melo. Es decir: ge-me-lo.

—Pero serían dos.

— Uno se perdió, o nos lo tomaron... Eran los que prefería Bernardino.

Y yo daba vueltas en mi mano al botón de presión, compuesto de dos cabezas y de un cuerpo cilindrico. Sobre una de las cabezas, la insignia masónica: el martillo y la escuadra de los constructores.

—¿Masón? —le dije.

—Sí. Bernardino, desde muy joven, entró en la logia que mas tarde supimos fundara Félix de Azara. Fue el doctor Danel quien le entregó a Bernardino el libro que sobre los pájaros escribió Azara en francés y que Bernardino tradujo cuando vivía en Cádiz, en una casa frente al puerto.

—¿Usted conoció al doctor Danel?...

-No, señora.

—Fue el médico que despedazó el cuerpo de Lavalle, y lo redujo en una petaca para llevarlo a Bolivia a enterrar. Antes de morir, Danel vino a vernos, estando en una misión en Chile, y nos contó la tremenda muerte de Bompland.

—Figúrese que lo mataron después de muerto, al pobre sabio francés.

—¿Es otra charada?...

—¡Qué esperanza!... ¿No sabe lo que le ocurrió a este sabio que fue tan buen amigo de Bernardino?... Murió, como usted sabe, en San Borja, y lo embalsamaron; pero como no estaba aún terminado el doble cajón, lo velaban sobre una mesa: y en un instante en que el cadáver estaba solo, entró a la pieza un ebrio y le dio las buenas noches a Bompland, y como el

cadáver embalsamado no le contestara, sacó un puñal y lo cosió a cuchilladas...

—Lo volvió a matar...

Doña Petronila es muy sana, pero Doña Eudoxia habla constantemente de su estómago desarreglado. Después de comer, echa buche de avestruz en polvo en el agua y se bebe el brebaje con una mueca de horror. Se persigna sobre la boca, y nunca deja de hacerlo cuando bosteza. Petronila da el *benedicite* y Eudoxia las gracias al Señor, acabado el servicio; y levantándose de la mesa con una taza en la mano donde humea la tisana de toronjil, se la bebe en el corredor de la casa, esperando ver pasar una mosca: lo único que no se ve jamás en San Toribio, pues se moriría de vergüenza viéndose tan negra y mal entrazada, en ese aire tan puro.

Las dos señoras tienen en alta estima a don Bernardo de Irigoyen, que ha estado en Chile reclamando el estrecho de Magallanes, y lo comparan con frecuencia a su hermano, aunque no vea yo razón para ello, fuera de una asociación de nombres entre Bernardo y Bernardino. Como se acuerdan también del coronel Bernardo Castañón, que fue edecán de don Bernardino. Me han preguntado también, y como si quisieran que les conservara el tono misterioso de su pregunta en mi respuesta, si la memoria del coronel Chilavert había sufrido con su fusilamiento a raíz de Caseros.

—Era díscolo de carácter..., pero, qué buen amigo...

Y así he dejado extraviadas en Chile a las herederas de nuestro gran mandatario, prometiendo mandarles —como lo hice— alfajores y alfeñiques de Córdoba, una manta pampa de San Nicolás, unas galletas para mate, y uno con virolas de plata que compré en la calle del Buen Orden.

Mi padre estuvo en Chile en los años 1876 al 80. Cuando volvió a Concepción del Uruguay, redactó la visita a las hermanas de Rivadavia. Y quiso publicarla.

Le parecía una proeza haberlas tratado. Pero en *El Censor*, que aparecía los sábados, protestaron siempre del pequeño formato del periódico y lo extenso de la relación que escribiera mi padre, prometiendo aumentar un día el tamaño de sus páginas, y darle cabida. Entretanto llegara este momento feliz para su única producción literaria, mi padre se distraía leyéndonos las carillas que había borroneado y que sólo interesaban a mi madre. El tiempo traspapeló las cuartillas y la polilla terminó con ellas. Hoy he querido reconstruir para una revista grande, ayudado por la memoria —que es algo que le debo a mi padre—, la entrevista famosa, procurando apoyar en la imaginación lo que no pudo sostener el recuerdo.

NOTA BIOGRÁFICA

Emilio Lascano Tegui, o Vizconde de Lascano Tegui (Concepción del Uruguay, Entre Ríos, 1887 - Buenos Aires, 23 de abril de 1966), fue un escritor, pintor y diplomático argentino.

Fue hijo de padre argentino y madre uruguaya. El político radical Juan José Frugoni lo inició en la poesía al enseñarle métrica. Al poco tiempo, entre 1905 y 1907, compuso sus primeros discursos públicos en octosílabos rimados, provocando la risa de quienes lo oían.

En 1908 viajó a Europa como traductor de la Oficina Internacional de Correos y se dedicó a recorrer a pie Francia, Italia y el norte del África. Durante esa etapa, en compañía de Fernán Félix de Amador, se dedicó a la poesía mientras se aficionaba a los viajes. Fue entonces cuando decidió modificar su apellido de origen vasco y transformarlo en uno compuesto; en el año 1909, aproximadamente, le antepuso el título de vizconde con el que firmaría su primer libro: *La sombra de la Empusa*, publicado en mayo de 1910.

En 1914 decidió establecerse en París, donde se hizo amigo de Picasso y Apollinaire y ejerció de mecánico dental durante la Primera Guerra Mundial. A lo largo de su vida tuvo diversos trabajos. Fue pintor muralista, cocinero y conservador de museo. En 1923 fue designado cónsul en Caracas y en 1940 en Los Ángeles, donde permaneció hasta 1944.

Vivió sus últimos años en Buenos Aires, donde falleció el 23 de abril de 1966.

Fuente: artículo de WIKIPEDIA.

NUESTRAS PUBLICACIONES

Biblioteca Franca es la colección de textos gratuitos de **Ediciones De La Mirándola**; todos los títulos que la integran pueden descargarse del sitio de Internet Archive. Algunos de ellos son los siguientes:

◊ VINO GENEROSO - Italo Svevo.
◊ EL BIBLIÓMANO - Charles Nodier.
◊ YO Y MI CHIMENEA - Herman Melville.
◊ HILARY MALTBY Y STEPHEN BRAXTON - Max Beerbohm.
◊ PENAS DE AMOR DE UNA GATA INGLESA - Honoré de Balzac.
◊ DISCURSOS DE LA VIUDA DE VEINTE Y CUATRO MARIDOS - Caballero de la Tranca (anónimo español).
◊ POEMAS - San Juan de la Cruz y Cyprien de la Nativité de la Vierge.
◊ EL GENERAL FRAY FÉLIX ALDAO - Domingo Faustino Sarmiento.
◊ RAINER MARIA RILKE - Susana Soca.
◊ SOBRE LA LECTURA E INTERPRETACIÓN DEL QUIJOTE - Miguel de Unamuno.
◊ DE LOS REMEDIOS DE CUALQUIERA FORTUNA - Francisco de Quevedo y Diego de Torres Villarroel.
◊ EL CASAMIENTO DE LAUCHA - Roberto J. Payró.
◊ LA GOTA DE SANGRE - Emilia Pardo Bazán.
◊ ODAS - Horacio. Traducción de Fray Luis de León.
◊ TULA VARONA - Ramón María del Valle Inclán.
◊ EL CABALLO PERDIDO - Felisberto Hernández.
◊ BUCÓLICAS O ÉGLOGAS - Virgilio. Traducción de Fray Luis de León.
◊ AUTOBIOGRAFÍA. CARTA A VERLAINE - Stéphane Mallarmé.
◊ etc.

Los libros que integran el catálogo general de **Ediciones De La Mirándola** pueden consultarse para su adquisición, en formato epub, en el sitio de AMABOOK y en los de las diversas librerías de su red de distribución, o, también, en el sitio de iTunes; y, en formato mobi (para el lector Kindle) o en papel, en el sitio de la librería AMAZON.

Algunos títulos:

◊ POEMAS EN PROSA - Stéphane Mallarmé.
◊ EJERCICIOS Y EVIDENCIAS - Rainer Maria Rilke.
◊ QUERIDA MAMÁ. CARTAS A LA MADRE 1834-1859 - Charles Baudelaire.
◊ LA ACUSACIÓN Y LA DEFENSA - Gilbert Keith Chesterton.
◊ POEMAS Y DEDICATORIAS - Rainer Maria Rilke.
◊ NAPOLEÓN, RETRATO DE UN TIRANO - Germaine de Staël.
◊ ADIÓS - Honoré de Balzac.
◊ LA MUJER POBRE - Léon Bloy.
◊ LOS CENCI. CRÍMENES CÉLEBRES I - Alexandre Dumas.
◊ LA MARQUESA DE BRINVILLIERS. CRÍMENES CÉLEBRES II - Alexandre Dumas.
◊ KARL LUDWIG SAND. CRÍMENES CÉLEBRES III - Alexandre Dumas.
◊ DIÁLOGO DE LA SALUD. POESÍAS - Carlo Michelstaedter.
◊ NOTAS DESDE MI CABAÑA DE MONJE - Kamo No Chômei.
◊ TELARAÑAS DE UN CRÁNEO VACÍO - Ambrose Bierce.
◊ MEMORANDA - Diarios 1836-1864 - Jules Barbey d'Aurevilly.
◊ TIERNOS TRIBUTOS A FRANCIA. LAS CUARTETAS VALESANAS - Rainer Maria Rilke.
◊ LA BELLA Y LA BESTIA - Gabrielle de Villeneuve.
◊ EL CASO LEMOINE Y OTROS PASTICHES - Marcel Proust.
◊ LOS TRES AMORES DE BENIGNO REYES - John-Antoine Nau.
◊ LA MALDICIÓN DE LOS NORONSOFF - Jean Lorrain.

◊ LAS ROSAS. LAS VENTANAS - Rainer Maria Rilke.
◊ ÉDOUARD - Claire de Duras.
◊ TREINTA Y SIETE VERSIONES HOMÉRICAS - Leopoldo Lugones.
◊ CARTAS DE GUERRA - Jacques Vaché.
◊ LA MUERTE DIFÍCIL - René Crevel.
◊ HISTORIA DE DOS AMANTES - Enea Silvio Piccolomini (Papa Pío II).

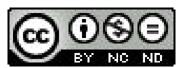
Pueden seguirnos a través de nuestra página web, nuestro blog Literatura y traducciones, facebook y twitter. Agradeceremos todo comentario que nos quieran hacer llegar.



COLOFÓN

Esta edición electrónica gratuita de EDICIONES DE LA MIRÁNDOLA retoma el texto de *LAS HERMANAS DE RIVADAVIA*, de EMILIO LASCANO TEGUI, publicada en la revista *Verbum* del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras de Buenos Alires, Nº 1, de noviembre de 1941.





Edición en formato ePub hecha el 17 de abril de 2014.